

## **LAS NUEVAS DOCTRINAS MILITARES, EL ESPIONAJE MILITAR AÉREO Y LA TECNOLOGIA EN LA GUERRA ( 2001-2008): DE HANOI A BAGDAD II**

**Carlos Sánchez Hernández**

Universidad Complutense de Madrid

En la actual Era de la Información y la Tecnología, la guerra se ha convertido en otro elemento más de éste concepto. Desde el final de la Guerra de Vietnam, incluso en las últimas fases de aquel conflicto, el uso de la tecnología en la guerra ha sido uno de los ejes centrales del desarrollo bélico de EE.UU.

En la Guerra de Irak iniciada por Estados Unidos en 2003, y aún hoy a finales de 2008 inconclusa, el despliegue tecnológico estadounidense ha sido determinante en el desarrollo de ésta guerra, si bien eso no significa que Washington haya resuelto ni mucho menos todos sus problemas en Irak, ni siquiera que domine todo el territorio iraquí, el objetivo inicial de su intervención militar. En su lugar está llevando a cabo una costosa e inestable ocupación y administración militares que ya duran más de cinco años, cada vez más parecida a Vietnam, y en la que la palabra “victoria” simplemente carece de significado. En su lugar ya es evidente que el próximo presidente de los Estados Unidos, el recién electo Barack Obama, quien tomará posesión en Enero de 2009, tendrá que ordenar finalmente la retirada gradual de las fuerzas estadounidenses de Irak, en un paralelismo histórico cada vez más evidente a la situación que se encontró Richard Nixon hace exactamente 40 años, en Enero de 1969, cuando tomó posesión de un gobierno que debía gestionar la retirada de las fuerzas estadounidenses de Vietnam en una guerra que heredó ya perdida, si bien la retirada que efectuó Nixon fue tan gradual que se prolongó nada menos que 4 años, hasta Enero de 1973.

La Guerra de Irak comenzó de una forma peculiar, incluso horas antes de su inicio oficial, con un uso decisivo de la tecnología: el 19 de Marzo de 2003, cinco horas antes del que sería el primer ataque estadounidense a Irak, se esfumó la posibilidad de acabar con la guerra antes de que empezara. Un informante anónimo declara en secreto a la CIA que sabe con seguridad dónde pasaría esa noche Sadam Hussein. De ser cierta esa información, Estados Unidos acabaría con el líder iraquí, cortando así la cadena de mando militar en Irak y terminando con la guerra antes de que empezase. Lograrlo sería además estrenar una nueva doctrina de la guerra: alta tecnología, información, velocidad y precisión, todo combinado junto a las técnicas bélicas tradicionales para derrotar al enemigo. Finalmente la información resultó no ser cierta, y hubo que asaltar Irak de forma convencional, con misiles, armas inteligentes e infantería, pero aquello pudo ser una demostración de en lo que se ha

convertido la guerra moderna, si bien en aquel caso la clave no era la tecnología, si no la información.

La incorporación masiva de la tecnología en la guerra no es ni mucho menos la negación de las reglas básicas de la guerra que Clausewitz y Sun Tsu nos enseñaron, si no simplemente la incorporación de la tecnología de avanzada al arte de la guerra; la guerra del Siglo XXI.

### **La Tecnología en la Guerra: Irak**

En la Guerra de Irak, donde diariamente los soldados estadounidenses libran una contienda cada vez más difusa y estancada pero muy peligrosa, el Ejército de EE.UU hace alarde de lo último en tecnología militar para dotar a sus fuerzas. Un ejemplo es el Stryker, un vehículo tradicional de transporte de tropas pero que cuesta dos millones de dólares por unidad. Además de la movilidad convencional que ofrece a los soldados y de ser una plataforma de armas, éste vehículo va dotado de ordenadores multifuncionales que permiten a los soldados compartir todo tipo de información (vídeos, gráficos y coordenadas) a través de una Intranet militar secreta. Lleva una cámara montada en la parte superior que capta todo tipo de imágenes ya sea de día o de noche, y su sistema de navegación sigue la pista de todos los vehículos que conforman la unidad militar, una brigada normalmente. Varios Strykers de una misma brigada pueden estar distantes a kilómetros unos de otros y sin embargo compartir información y tomar decisiones como antiguamente hubieran tenido que hacer varios pelotones de soldados aproximándose y reagrupándose físicamente entre ellos para ponerse de acuerdo. Los Strykers posibilitan el contacto digital entre un grupo de soldados, toda una revolución en el campo de batalla.

El uso de la tecnología en la guerra no ha suprimido pero sí alterado positivamente fenómenos bélicos milenarios como el conocido como “niebla de guerra”, osea el desconocimiento físico de la posición exacta del enemigo para, al localizarlo, poder combatirlo. El Stryker ha transformado la “niebla de guerra” al hacer más sencilla la tarea de localización del enemigo, si bien ese concepto bélico continúa y continuará en la guerra.

### **La Nueva Doctrina Militar Estadounidense para el Siglo XXI: la “Transformación” de Donald Rumsfeld**

La última doctrina militar de EE.UU es una filosofía de guerra que por lo revolucionaria que es ha recibido un nombre muy gráfico: la “Transformación”. El eje central de la Transformación consiste en encontrar las tecnologías adecuadas para que menos tropas puedan luchar más rápida y eficientemente, apoyando así la mayor parte del esfuerzo bélico en la tecnología y menos en el hombre, en el soldado. De lo que se trata pues es de lograr que EE.UU base su superioridad militar en todo el mundo cada vez más en una incontestable ventaja tecnológica sobre el resto de las naciones del mundo, y así sea menos necesario un despliegue de tropas en gran cantidad ya que eso se

compensaría con una maquinaria militar altamente tecnológica. Se trata de una idea que aunque rechazada por muchos generales del Pentágono, fue incorporada a su campaña electoral en 2000 por el entonces candidato George Bush, en lo que muchos analistas vieron como más que una propuesta de política exterior y política militar (aunque sin duda lo fue), un guiño electoral a la poderosísima industria militar estadounidense, el denominado por Eisenhower como “Complejo Militar-Industrial”, un entramado que mueve al año en Estados Unidos decenas de miles de millones de dólares, que subsiste principalmente por contratos estatales, y que da empleo a millones de personas por todo el país por lo que supone un gran nicho electoral.

Sin embargo el verdadero arquitecto de la doctrina de la Transformación fue Donald Rumsfeld, un experto en temas militares, de seguridad y de defensa que ha desempeñado destacados puestos como asesor presidencial desde comienzos de los años 1970’s en casi todas las administraciones republicanas, en la de Nixon, Ford, Reagan, y en la actual Administración Bush como Secretario de Defensa. Una vez en el cargo, en Enero de 2001 el ya Presidente Bush y el Secretario de Defensa Rumsfeld lucharon por imponer la Transformación en las Fuerzas Armadas. El Ejército dudaba de esa doctrina y Rumsfeld se enfrentó a una fuerte oposición entre los Generales del Pentágono, en parte por el temor de éstos a que esa doctrina conllevara una reducción drástica del personal militar a favor de la tecnología. Un artículo del New York Times del 8 de Septiembre de 2001 decía: “el Señor Rumsfeld no ha hecho un gran trabajo vendiendo sus planes de reformas militares a los generales y almirantes del Pentágono, por no mencionar al Congreso”. Ese día no existía en la mente de los estadounidenses la idea de una gran amenaza exterior que justificase un proyecto tan ambicioso y revolucionario como la Transformación, pero tres días después de aquel artículo, todo cambió.

La Transformación va íntimamente unida al denominado “Enfoque Neoconservador de las Relaciones Internacionales”, una doctrina política y de política militar surgida a finales de los 1990’s, en concreto en 1998, que propugnaba una mayor iniciativa estadounidense y un mayor intervencionismo militar de Estados Unidos en el mundo para preservar sus intereses y el sistema democrático por todo el planeta, para lograr un mundo más estable y menos peligroso. Tras el 11-S, todos los aliados de EE.UU, incluyendo los más críticos, se alinearon incondicionalmente con Washington. El Pentágono se puso a trabajar desde el 14 de Septiembre para planear una respuesta militar a los ataques terroristas justo el mismo día en que el Presidente Bush declaraba en el Congreso la Guerra contra el Terrorismo Internacional. Surgió el denominado “equipo operativo tecnológico contra el Terrorismo del Pentágono” de la Oficina de Investigaciones e Ingeniería del Departamento de Defensa. Ésta célula se dedicó a reunir material de las cuarenta agencias de seguridad de EE.UU para estudiar hasta ciento cincuenta tecnologías que podrían aplicarse a la Guerra Contra el Terrorismo. Se trataba de tecnología altamente novedosa, la mayor parte de ella aún en fase experimental, para emplearla tanto en la seguridad de edificios y centros públicos como en la guerra en el extranjero. En sólo noventa días, muchas de éstas armas fueron aprobadas para su uso. Las necesidades de las Fuerzas Armadas de EE.UU aumentaron rápidamente tras ser evidente que Washington lanzaría una campaña militar en

algún punto del planeta para comenzar lo que ya empezó a denominarse como la Guerra Contra el Terrorismo.

La primera parada era Afganistán. Días después de los atentados, Estados Unidos declaró que el régimen talibán de Afganistán había dado refugio y apoyo a Bin Laden y Al Qaeda, por lo que Washington se centró en ese remoto país de Asia Central. La opción militar contra Afganistán cobraba fuerza, y el Secretario de Defensa Rumsfeld declaró que un ataque militar contra Afganistán estaba plenamente justificado. Rumsfeld encontró así un campo de pruebas para sus nuevas ideas sobre la guerra. Fue así como el 11-S y el siempre complicado territorio de Afganistán contribuyeron a que la Doctrina de la Transformación empezase a ser una realidad. La dificultad de lo inhóspito e inaccesible que es Afganistán llevó al departamento de Defensa a una conclusión: el plan ideal para intervenir militarmente en Afganistán sería una combinación de fuerzas especiales, tecnología militar de última generación como la que se estaba implementando, y una precisa cobertura aérea. Los planes para el operativo militar incluían novedosas y secretas tácticas de guerra que incluirían frentes intermitentes, es decir que la guerra tendría lugar en zonas que tan pronto serían activas como desaparecerían, frentes de guerra secretos y confusión al enemigo. La Transformación, que ya en la campaña electoral de 2000 fue un eje importante para Bush, comenzaba a ponerse en práctica en Afganistán con el transcurso del 11-S. Los Boinas Verdes, que constituyen uno de los núcleos principales de las fuerzas especiales estadounidenses, serían la principal fuerza de ataque en Afganistán. Algunos veteranos Boinas Verdes que ya actuaron en Afganistán en los 1980's como asesores de los muyaidines afganos contra los soviéticos, volverían a prestar servicio en éste país.

La campaña de Afganistán, que se inició el 7 de Octubre de 2001 con los primeros ataques aéreos y se completaría para mediados de 2002, tuvo una característica nunca vista antes, en parte como resultado de la Transformación: en todas las guerras anteriores en las que Estados Unidos participó, los distintos cuerpos de las Fuerzas Armadas actuaban por separado, e incluso rivalizaban entre sí; cada rama militar actuaba en su ámbito. Así, tradicionalmente las Fuerzas Aéreas se ocupaban de los bombardeos y de controlar los cielos, y como mucho prestaban cobertura aérea táctica a las tropas de tierra, pero siempre desde un mando aéreo, totalmente independiente del Ejército de Tierra. Lo mismo ocurría con el Ejército y la Marina. En Afganistán comenzó a gestarse una táctica que fruto de la Transformación buscaba integrar a todas las ramas militares en el campo de batalla. No se trataba de fusionarlas, sino de hacerlas trabajar conjuntamente como un solo cuerpo militar. El resultado buscado era mejorar aún más las potencialidades de cada arma de ejército en una sola, integrar a las tradicionales cinco ramas de las Fuerzas Armadas de EE.UU. (Ejército, Marina, Fuerza Aérea, Cuerpo de Marines y Fuerzas Especiales) combinándolas para que, desde la especialidad de cada una de ellas, actuasen como una sola rama militar. Integrando a cada arma se conseguiría una sola fuerza muy potenciada. Funcionó, y el resultado fue un alto nivel de integración militar y unas mayores prestaciones en el campo de batalla. Se llegaron a formar destacamentos militares formados por elementos de las fuerzas especiales, las fuerzas aéreas

y la aviación naval con base en el Golfo Pérsico, una amalgama de distintos servicios armados actuando como un solo cuerpo. Ésta doctrina integradora de todas las ramas militares se estrenó en Afganistán a finales de 2001, aunque tuvo su verdadera puesta de largo en la siguiente campaña militar estadounidense, mucho más compleja por tratarse de un enemigo mucho más complicado, la invasión de Irak en 2003.

La primera fase de la guerra en Afganistán terminó casi al comenzar: el 7 de Octubre, en apenas minutos la aviación estadounidense dominaba los cielos afganos, casi vacíos por la anticuada y casi inexistente aviación talibán. Inmediatamente comenzó el despliegue de las fuerzas especiales en tierra. Ya antes incluso del 7 de Octubre, días antes fueron desplegados en secreto y sin que fuesen detectados diminutos destacamentos de fuerzas especiales para que prepararan el terreno en diversas áreas de Afganistán. Mientras se desplegaban las primeras unidades estadounidenses en Afganistán, los aliados de EE.UU se enfrentaban a una de las características de la Transformación: la Coalición de Conveniencia. Se trataba simplemente de que las fuerzas estadounidenses precisaban de un aliado autóctono del país, un aliado con fuerzas en el terreno. Ya en la campaña de Kosovo de 1999 contra Serbia, la OTAN trabajó conjuntamente con la guerrilla albano-kosovar de la UCK, que tenía tropas en Kosovo desde hacía años. En ésta ocasión, en Afganistán, Washington reclutó a un poco disciplinado grupo militar que antes de la intervención estadounidense dominaba el 10 % del territorio afgano combatiendo contra los talibanes, al norte del país: la denominada "Alianza del Norte". Se trataba de un grupo creado a comienzos de los 1990's en torno al carismático General Massoud, el líder afgano más destacado en los 1980's contra la invasión soviética, un líder sin embargo olvidado por los estadounidenses tras la retirada soviética y que fue asesinado el 9 de Septiembre de 2001, justo dos días antes del 11-S, y en lo que posteriormente se supo que fue un auténtico anuncio de lo que se avecinaba, los ataques terroristas sobre Estados Unidos, si bien la CIA no supo interpretar la muerte de Massoud como tal advertencia. Ahora los estadounidenses se apoyarían en las fuerzas de tierra del desaparecido Massoud para acabar con los talibanes. Las Fuerzas Especiales de EE.UU empezaron de inmediato a trabajar con la Alianza del Norte. Uno de los primeros cometidos de la Alianza fue fijar los objetivos sobre el terreno para las armas inteligentes estadounidenses, fundamentalmente los misiles, que acabarían con multitud de objetivos talibanes en segundos, minando la capacidad de combate y la moral de los talibanes.

La tecnología estadounidense se mostró desde un principio como vital para equilibrar la balanza en Afganistán. Los aviones de caza, los aviones espías teledirigidos, los misiles inteligentes, todo fue fundamental para manejar la información sobre el terreno suministrada por los espías afganos y la Alianza del Norte utilizados por la CIA. Una simple información de espionaje se convertía en muy valiosa si era contrastada y finalmente se actuaba con la alta tecnología. Si esa información se confirmaba como válida, las armas se ponían a punto, y una pantalla con forma de videojuego infantil, un misil Tomahawk disparado, se convertía en el rostro de la guerra del Siglo XXI. La velocidad a la que las fuerzas estadounidenses ponían a trabajar todas sus capacidades fue

uno de los factores de la nueva revolución en cuestiones militares. Ya no se priorizaba la rapidez y la potencia, si no la efectividad de acción desplegada. A un enemigo que luchaba de forma casi medieval, se le enfrentó una forma de lucha demasiado compleja, demasiado sofisticada para que pudiera enfrentarla. La clave era la rapidez de acción contra el enemigo, derrotarlo tan rápidamente que no tuviera tiempo para adaptarse o adoptar tácticas defensivas mínimamente efectivas, derrumbarlo en todos los sentidos. La única forma que tuvieron los talibanes de evitar su destrucción fue la huida, la dispersión hacia las zonas montañosas, algo sin embargo que estaba totalmente aceptado en las reglas tradicionales del arte de la guerra. Tras la huida de los Talibanes a las montañas, lo cual era una forma primitiva de adaptación, ahora los estadounidenses debían readaptarse a la nueva situación, combatir a los talibanes en esas montañas o de nuevo perderían la iniciativa.

Los atentados del 11-S, la intervención militar en Afganistán, y la Guerra de Irak con sus intereses declarados y ocultos, todo ello ha servido de catalizador para la Doctrina de la Transformación. Los cambios militares estadounidenses de comienzos del Siglo XXI se aceleraron pues con la campaña militar de Afganistán. Así, para mediados de 2002, terminada ya la operación afgana, EE.UU declaró por boca de los representantes del Pentágono que sus fuerzas militares eran capaces de acabar con un régimen indeseable desde el otro lado del mundo. Tras ello, el Presidente Bush lanzó una nueva estrategia en su Guerra Contra el Terrorismo: la Guerra Preventiva.

### **La Guerra Preventiva y la Superioridad Militar de EE.UU: la Doctrina Bush**

La Operación Libertad Duradera contra Afganistán se inició en Octubre de 2001, justo tras el 11-S, y terminó en su fase militar en torno a Junio de 2002. La completa destrucción del régimen de los talibanes y el control militar y ocupación estadounidenses, junto a la elección de un nuevo gobierno afgano presidido (y tutelado por Washington) por Hamil Kharsai fueron el colofón a esa operación militar, si bien no se logró uno de sus principales objetivos, la captura de Osama Bin Laden.

Controlado Afganistán, en la mente de todos estaba otro país, enemigo de Estados Unidos desde 1990 y poseedor de una de las mayores reservas de petróleo del mundo: Irak. Ya desde la primavera de 2002, e incluso desde Enero de 2002, tras el discurso del "Eje del Mal" de Bush en el debate sobre el Estado de la Unión, era un secreto a voces que la Administración Bush tenía sus ojos puestos, más incluso que en Afganistán, en Irak. Éste país, a quien EE.UU ya derrotó en la Guerra del Golfo de 1991, estaba sometido a un embargo internacional y técnicamente en guerra con Estados Unidos desde entonces, y con un permanente juego del gato y el ratón durante los últimos 10 años con la ONU y la Administración Clinton, juego que incluía ataques militares estadounidenses casi cada año, aunque sin encontrarse una solución definitiva. En ese contexto, los miembros más destacados de la Administración Bush, principalmente Cheney y Rumsfeld, comenzaron a declarar que tras Afganistán, la siguiente fase de la Guerra Contra el Terrorismo era Irak,

sospechoso de respaldar el terrorismo internacional e incluso de tener conexiones (nunca demostradas) con el 11-S, así como de poseer armas de destrucción masiva. Las enormes reservas de petróleo iraquíes y la necesidad de ser controladas por EE.UU y de sacarlas al mercado en un momento de aumento de la demanda mundial eran otro argumento, no declarado, para invadir Irak (la mayoría de los miembros del gabinete Bush habían trabajado o aún trabajaban para la industria petrolera).

Así, en Octubre de 2002 el Presidente Bush, que ya había comenzado a esbozar cada vez con más claridad que su siguiente objetivo era Irak, pronunció la que se conocería a partir de entonces como la Doctrina Bush. Se trataba de un doble postulado que por un lado advertía de que Estados Unidos no toleraría que ninguna otra Potencia se acercara siquiera a su potencial militar (en clara alusión a Rusia y China), ya que ello pondría en peligro la superioridad militar estadounidense en el planeta, y por otro lado declaraba que EE.UU se reservaba a partir de entonces el derecho a implementar “guerras preventivas”, campañas militares contra países o movimientos guerrilleros que pudieran remotamente amenazar en un futuro próximo los intereses estadounidenses. Éste doble discurso respondía a dos cuestiones: por un lado se lanzaba una advertencia clara a Rusia, país debilitado en todos los órdenes desde el fin de la URSS pero aún el rival militarmente más cercano a EE.UU, advertencia que buscaba desalentar cualquier veleidad rusa de aproximarse al potencial militar estadounidense, nuclear o convencional. El Escudo Antimisiles, una continuación de la “Guerra de las Galaxias” de Reagan de los 1980’s, anunciado por Bush nada más tomar posesión de la presidencia en Enero de 2001, era el origen de esto. Estados Unidos dejaba claro que era la única e incontestable Superpotencia del planeta, y que no consentiría que ninguna otra nación tratara de desafiarle.

La segunda parte de la Doctrina Bush era la más importante: EE.UU intervendría militarmente allí donde adivinase una futura amenaza para sus intereses o su seguridad, antes incluso de que esa amenaza se cristalizara. Además de una auténtica declaración política, era sin duda un anuncio destinado claramente a un país: Irak. Para muchos críticos, la Doctrina Bush no era más que una elaboración ideológica de una decisión política ya tomada, el asalto e invasión de Irak. El Gabinete Bush ya había decidido casi inmediatamente después del 11-S invadir Irak y terminar con el régimen de Sadam Hussein, y la Doctrina de la Guerra Preventiva sería el soporte ideológico, ya que desde hacía años se sospechaba que Irak poseía armas de destrucción masiva, una amenaza que había que “prevenir”.

La Doctrina Bush, principalmente en su componente de guerra preventiva, provocó una ruptura aún mayor (ruptura que se inició desde que Bush tomó posesión en Enero de 2001) entre muchos aliados europeos de EE.UU, encabezados por Francia. Francia, Alemania y Bélgica formaban el núcleo duro “anti-Bush” y veían en la Doctrina Bush el final de más de 50 años de colaboración consensuada entre las dos orillas del Atlántico. El anuncio de Bush de que consideraba terminado unilateralmente el Tratado ABM sobre armas nucleares firmado en 1972, molestó tanto a los rusos como a los europeos. La Doctrina Bush encerraba claramente la idea de que Estados

Unidos se consideraba suficientemente poderoso como para luchar en cualquier parte del planeta, incluso si lo hacía en solitario, sin aliados. La actitud de EE.UU en relación a sus aliados ya no parecía ser de igual a igual, como en décadas pasadas en el seno de la OTAN, si no que consistía en lanzar una propuesta y esperar a que los aliados europeos se sumaran o no a ella. El consenso parecía ser suprimido por Washington. En el caso de la ocupación de Afganistán, EE.UU reservó a los aliados europeos que enviaron tropas a ese país (Gran Bretaña, España, Alemania e Italia) el papel de la pacificación una vez ocupado todo el país, mientras las fuerzas estadounidenses se concentrarían en perfeccionar la Transformación. Además, EE.UU se centró en un nuevo concepto: la guerra basada en redes.

La Guerra basada en redes es la teoría bélica aplicada a la Era de la Información. Cuando las fuentes de poder militar aumentan, es necesario definir otra teoría de guerra para explotar esa nueva fuente. Esa nueva teoría dice que si se conectan todos los servicios militares, éstos pueden compartir la información y saber lo que hacen. Las rivalidades que tradicionalmente existían entre las ramas de las Fuerzas Armadas y entre las diferentes agencias de inteligencia, son eliminadas. A partir de entonces todas trabajarán unidas, compartirán la información, algo que antes nunca se había hecho en la guerra. Las sinergias se multiplicarán así, potenciando la eficacia de los ejércitos. Se trata de una respuesta a una nueva situación: el campo de batalla ha cambiado, y ya no es posible que una guerra la libere en solitario una sola rama de las FAS (por ejemplo, en décadas pasadas el Cuerpo de Marines presumía de ganar guerras prácticamente en solitario). Ahora hay que adaptar a distintas fuerzas, gubernamentales e incluso privadas, combinándolas y mejorando el rendimiento.

El sistema altamente secreto de la Guerra basada en Redes tiene como centro a un sistema militar de Internet secreto, con sus propios códigos, e-mails y chats. Se trata de poder acceder a la información al instante, para poder acceder a conocimientos e informaciones a gran velocidad. Todo esto es posible porque el soldado estadounidense, desde finales de los 1990's, está informatizado, y su equipo de combate incluye un potente ordenador portátil aplicado al campo militar. Un soldado cualquiera de un batallón puede ser localizado por otro miembro de, por ejemplo la Fuerza Aérea, sin necesidad de pedir su localización por radio, ya que simplemente aparecerá en la pantalla de su ordenador. Se trata de una enorme innovación. La Guerra basada en Redes ha transformado incluso a los tradicionales cuarteles centrales de los ejércitos. Fort Louis, en Estados Unidos, ya no es un centro de mando tradicional, si no un centro de información, de distribución de información. Se distribuyen y administran datos tanto de las fuerzas propias como de las enemigas, minimizando el "fuego amigo" y potenciando la guerra contra el enemigo. Desde un cuartel como éste, los generales e incluso los jefes de pelotones pueden enviar y recibir órdenes de forma instantánea en cualquier parte del planeta. Se trata de una revolución en las cuestiones militares, un cambio en la naturaleza de la guerra similar a la pólvora o al rifle de repetición en siglos pasados. Ahora se trata de lograr la superioridad informativa y transmitirla al frente de batalla en cuestión de segundos. A partir de la Guerra basada en Redes, en los ejércitos de todo el mundo deberá comenzar a integrarse no sólo



a especialistas en topografía, ingenieros o médicos, si no a una nueva figura: el experto militar informático, una figura que el mundo de la empresa ya incorporó hace dos décadas. Todas éstas innovaciones militares en el mundo de la información se estrenaron en la Guerra de Irak de 2003.

Localizar puntos concretos en el planeta para su tratamiento militar se está convirtiendo en una necesidad, y casi en un arte. El GPS estadounidense ideado en los 1990's, a pesar de su enorme innovación en todos los ámbitos, empieza a no ser suficiente en el campo militar. Existe una agencia estadounidense que se dedica en exclusiva a localizar puntos geográficos concretos en el globo; se trata de la Agencia Nacional de Inteligencia Geoespacial (NGA). Su cometido es trazar y actualizar constantemente un mapa exacto del planeta, situando todos los elementos existentes, ya sean naturales o artificiales, que podrían un día ser datos militares claves en un conflicto o una campaña militar. La NGA aúna datos de gobiernos, empresas, particulares, satélites, etc ... Los antiguos mapas diseñados por los cartógrafos en base a la proximidad, como ocurría hace siglos, son cosa casi de la prehistoria. Se trata de acelerar y facilitar el proceso de toma de decisiones y selección de objetivos en el campo de batalla. La precisión que se logra al alcanzar un objetivo es cada vez mayor. Ya en la Guerra del Golfo de 1991, la televisión resaltó lo que entonces se consideró como un prodigio: la extraordinaria precisión de las armas inteligentes. Y sin embargo en aquel conflicto las armas inteligentes supusieron sólo el 2 % de entre todo el arsenal estadounidense empleado en aquella guerra. En la Guerra de 1991 las armas inteligentes eran guiadas por láser, que aunque las hacía muy eficientes tenían limitaciones como la arena, la niebla o el humo que podía cegarlas. En la Guerra de Irak de 2003 las armas inteligentes ya no estaban guiadas por láser, si no por GPS, mucho más fiable y con un efecto letal, prácticamente infalible fuesen cuales fuesen las condiciones ambientales del campo de batalla y con un margen de error de casi centímetros. Los daños colaterales se reducen a poco más del 1%, aunque sigan existiendo. Aún así todavía persisten algunos problemas: si un ordenador se colapsa se pierde la ventaja informativa.

La revolución de la información ha aportado a los ejércitos que la practican, principalmente el de EE.UU en la actualidad, la capacidad de rastrear, buscar y atacar con gran precisión. En el Verano de 2002, con la invasión de Irak ya en la mente de todos, el Pentágono invirtió 190 millones de dólares en probar sus novedosas teorías de guerra. "Millenium Challenges 02" era un juego de guerra en el que se usaban potentes ordenadores y soldados reales. Aunque todos sabían que el país elegido como enemigo en ese juego era Irak por cuestiones obvias, finalmente se escogió Israel para probar el juego con un oponente militarmente más poderoso y tecnológicamente más avanzado. 30.000 soldados participaron en el ejercicio, dividiéndolos en dos bandos, el equipo azul y el equipo rojo. Al poco de empezar, un alto oficial decidió ejecutar una acción imaginaria arriesgada, lanzando una salva de misiles de crucero contra el enemigo, y los ordenadores dijeron que aquello habría provocado el hundimiento de 16 barcos de guerra. Un simple impulso humano hizo tambalearse al ejercicio, y los planificadores decidieron simular que aquella acción nunca tuvo lugar y seguir con el ejercicio para que éste no se perdiera dado su alto coste. A partir de entonces el juego fue dirigido, osea que todos

los participantes sabían de antemano lo que iba a suceder, siguiendo un guión. Uno de los participantes, un alto oficial, se retiró del juego en protesta; aquello le recordaba en su juventud a las teorías y sistemas bélicos que implantó McNamara en el Departamento de Defensa y el Pentágono en los años 1960's y que aseguraban que con su aplicación EE.UU nunca perdería la Guerra de Vietnam. Las famosas tarjetas perforadas y la hoy rudimentaria informática que McNamara trasladó a Vietnam decían, una vez analizados todos los datos en los ordenadores, que EE.UU estaba ganando la guerra basándose en los datos, cuando ya en 1968 (justo cuando McNamara dimitió) se sabía que los estadounidenses ya no podían ganar ese conflicto.

A pesar de los controvertidos resultados, "Millenium Challenges 02" fue considerado un éxito de la Guerra Basada en Redes y de la Transformación, algo discutible ya que el ejercicio derivó en un guión preestablecido, con un final diseñado, por lo que las enseñanzas no son demasiado grandes. En ese mismo verano de 2002, mientras se realizaba el ejercicio, la Marina de Estados Unidos continuaba persiguiendo a Al Qaeda junto con otras fuerzas de la OTAN. Buques estadounidenses, alemanes y españoles realizaban ejercicios reales en el Golfo Pérsico y el Mar de Arabia en el seno de la Guerra Contra el Terrorismo, aunque muchos veían en esos ejercicios una preparación para invadir Irak en los siguientes meses. Sin embargo era cada vez más evidente que Estados Unidos se estaba preparando para una guerra en Irak, una guerra que la mayoría de sus aliados europeos no querían, y Washington dejaba claro que la llevaría a cabo en solitario si fuera preciso.

En Noviembre de 2002 un avión espía sin piloto "Predator" estadounidense voló hasta Yemen, donde había sido localizado un líder de Al Qaeda, alcanzando al vehículo de éste. Sin embargo ni las fuerzas estadounidenses ni las de sus aliados fueron alertadas de ésta acción, y muchos pensaron que se trataba de un terrorista suicida. Faltaban cinco meses para que comenzara la Guerra de Irak, pero EE.UU ya estaba en guerra técnicamente con aquel país. Mientras en la ONU se debatía sobre la conveniencia y legitimidad o no de atacar Irak, EE.UU puso en marcha una operación militar secreta destinada a comenzar a socavar las defensas iraquíes en vistas a la inminente guerra, la primera acción de guerra real contra Irak. En las aguas del Golfo Pérsico, aviones del portaaviones USS Abraham Lincoln CVN72 cargados con bombas de precisión partían hacia Irak. Se trataba de patrullas aéreas como las que venían sobrevolando Irak desde 1992, pero en lugar de tener órdenes de disparar en defensa propia, sólo si les disparaban, ahora tenían órdenes de atacar a las redes de comunicación, radares y centros de mando iraquíes. Su misión era debilitar a las defensas iraquíes en vistas a un posterior campo de batalla. Estaba claro que la Administración Bush ya tenía totalmente decidido invadir Irak y terminar con el régimen de Sadam Hussein.

Así, en Noviembre de 2002 comenzó la Guerra Basada en Redes contra Irak a bordo de un crucero estadounidense en aguas del Golfo Pérsico. Se trataba de compartir información en tiempo real en ambas direcciones, hacer posible que todo el mundo pueda tener los mismos datos e imágenes al mismo tiempo, maximizar la información. Satélites, aviones espía y aviones de reconocimiento rastreaban Irak en busca de información de las fuerzas de Sadam Hussein; se

trataba de lograr la superioridad informativa. Espías estadounidenses y sensores de tierra complementaban la información. También comenzaron a actuar las Fuerzas Especiales derribando los puestos de observación iraquíes en las fronteras de Irak con Kuwait y Arabia Saudí. Los preparativos para una acción militar contra Irak estaban en marcha, y cuando el Presidente Bush anunció el inicio de los ataques contra Irak en Marzo de 2003, las Fuerzas Especiales estadounidenses y británicas ya controlaban la cuarta parte del territorio de Irak. Con el apoyo de sólo un puñado de aliados encabezados por Gran Bretaña, EE.UU iniciaría una guerra contra Irak que no se parecería a ninguna otra guerra anterior: la ofensiva tecnológica y su peso en las operaciones militares tendría una escala sin precedentes. Los combates serían tanto con conceptos informáticos básicos y Guerra Basada en Redes, como con la tradicional sangre de los soldados en el frente. La información, la precisión, la eficacia y la velocidad resultarían ser letales y determinantes.

### **19 de Marzo de 2003: la Operación Libertad Para Irak**

Tras meses de planificación militar y debates políticos en el seno de la ONU sobre la conveniencia y legitimidad de una invasión de Irak, el 19 de Marzo de 2003 las fuerzas estadounidenses comienzan su asalto a ese país. Sólo le acompaña un contingente aliado de tropas importantes: las tropas británicas, y más simbólicamente pequeños contingentes de tropas australianas y polacas. España e Italia, tras Gran Bretaña los dos aliados europeos más importantes cuyos gobiernos apoyan la guerra, no prestarán sin embargo fuerzas militares para el asalto a Irak. Se trataba de una decisión tomada por la Administración Bush ya desde el verano de 2002, una vez terminada la operación de Afganistán, y que el gabinete Bush trataba trabajosamente de “vender” como una acción lícita, terminar con un régimen criminal y genocida que además poseía armas de destrucción masiva y era una amenaza para la región, y recabar el apoyo de sólo un puñado de aliados, dejando claro que si era necesario Washington actuaría en solitario, y teniendo que enfrentarse a una fuerte resistencia internacional liderada por Francia y Rusia y a una importantísima corriente de opinión mundial que aún admitiendo la conveniencia de acabar con el régimen iraquí, se oponía a una invasión militar.

Para Diciembre de 2003, con casi todo el territorio iraquí bajo control estadounidense tras seis meses de ocupación, las fuerzas estadounidenses se obstinaron en atrapar físicamente a Sadam Hussein creyendo que así acabarían con la resistencia iraquí que seguía operando. EE.UU gastaba en torno a 700 millones de dólares a la semana en la ocupación, usando todo el arsenal estadounidense que incluía los satélites de vigilancia, los aviones espía, y 130.000 soldados en tierra. Además Irak fue sembrado de sensores de movimiento que captan cualquier movimiento sospechoso, y todas las llamadas telefónicas son captadas y filtradas en busca de pistas. Pero finalmente Sadam Hussein será capturado muchos meses después y no por todo ese despliegue tecnológico, si no por un informante anónimo y mucho trabajo de investigación.

Tras Afganistán y ahora Irak, quedaba claro que Estados Unidos basaba la mayor parte de su poder militar como Superpotencia en la tecnología militar.

EE.UU ponía en práctica una nueva idea sobre cómo librar las guerras. En Afganistán las innovaciones tecnológicas junto a técnicas militares cada vez más sofisticadas acabaron con el enemigo. Los Talibanes se vinieron abajo antes de descubrir cómo poder contrarrestar la tecnología, la velocidad y precisión de las armas estadounidenses. Los ideólogos militares estadounidenses consideraron que se iniciaba una nueva era en la guerra basada en la tecnología, la información y la precisión. Para algunos analistas se trataba de una auténtica revolución bélica. Tanto la ciencia (la tecnología militar) como el arte de la guerra (la planificación bélica) daban un nuevo salto.

En Febrero de 2003, un mes antes del asalto angloestadounidense a Irak, mientras el mundo debatía la conveniencia a no de un ataque a Irak, la operación militar en realidad ya está en marcha. Unidades de fuerzas especiales estadounidenses ya estaban secretamente en terreno iraquí. La Guerra de Irak se convertiría en el conflicto en el que EE.UU más empleó a las fuerzas especiales, especialmente a los Boinas Verdes. Avanzada la guerra, uno de cada diez soldados estadounidenses desplegado en Irak pertenecía a las fuerzas especiales, una proporción superior incluso a Vietnam en los 1960's, y regiones enteras de Irak estaban controladas por ellas. Durante la Guerra de Irak de 2003, Estados Unidos nunca sobrepasó los 150.000 soldados desplegados, la tercera parte de los 430.000 que llegó a destacar en 1991 durante la Guerra del Golfo, y eso que en aquella ocasión los estadounidenses sólo ocuparon una pequeña parte de Irak, retirándose finalmente del territorio iraquí y sin ocuparlo totalmente como en 2003. La nueva doctrina militar estadounidense de la Administración Bush, la Transformación, que ponía el énfasis en la tecnología y menos en el elemento humano, usando menos tropas, era una realidad.

### **El Protagonismo de la Tecnología en la Guerra de Irak**

El uso de la alta tecnología en la guerra fue una de las características esenciales de la Guerra de Irak de 2003. La equipación de las tropas estadounidenses incluía ordenadores personales para cada soldado y una intranet militar secreta que le permitían a las unidades militares estar en constante contacto unas con otras sin usar radios ni radares como antes. En Estados Unidos, la NGA (Agencia de Inteligencia Geoespacial) analizaba la situación sobre el terreno por medio de sus cartógrafos y analistas. En la noche del 20 de Marzo de 2003, la primera noche de los ataques estadounidenses a Irak, los objetivos aéreos y de misiles de crucero para bombardear eran fijados tanto por los satélites como por las señalizaciones efectuadas por las fuerzas especiales. Caían las primeras bombas sobre Bagdad para despejar el campo de batalla.

Otro aspecto de la guerra moderna cada vez más aplicado y que se pudo comprobar en los primeros días de la Guerra de Irak fue el efecto psicológico que la tecnología tiene sobre la determinación, las ganas de luchar, del enemigo. La naturaleza de la guerra en sí es eliminar al enemigo para que deje de ser un obstáculo de cara a tus intenciones de imponerte en el campo de batalla y aplicar tus decisiones sobre un territorio; sin embargo hay un aspecto

cada vez más estudiado por los analistas militares, y es la doblegación de la voluntad de lucha y resistencia del enemigo, sin llegar incluso a eliminarlo físicamente, tan sólo convenciéndole para que deje de luchar, un arma psicológica sobre el campo de batalla. Esto puede lograrse básicamente mediante la fuerza, pero hay un ingrediente de la fuerza militar cada vez más determinante: la tecnología. No sólo se trata de destruir físicamente al enemigo, si no de hacer que éste se derrumbe psicológica y físicamente quebrantando sus ganas de luchar, persuadiéndole de que debe dejar de luchar porque el esfuerzo, la desventaja militar y el coste son demasiado grandes y es preferible abandonar. En éste sentido, el hecho de que a unas fuerzas militares “les lluevan” bombas u otros artefactos no sólo sin poder contrarrestarlos sino incluso sin saber de donde provienen, de donde caen, y por supuesto sin poder combatirlo, todo ello supone un efecto psicológico demoledor al provocar una sensación de impotencia e incluso parálisis. Un buen ejemplo se produjo a las pocas semanas del asalto estadounidense a Bagdad cuando una columna de tanques estadounidenses se topó con otra columna de tanques iraquíes de superior número: cuando pidieron apoyo aéreo la respuesta fue tan sorprendente para ellos como para los propios iraquíes. Un B-52 de la USAF lanzó una bomba múltiple desarrollada por la empresa Textrom Systems, y en cuestión de segundos la bomba se fragmentó en varias a su vez que acabaron con las primeras líneas de tanques iraquíes sin que los estadounidenses intervinieran, acabando en unos minutos con todos los tanques iraquíes como si se tratara de una especie de magia invisible, ya que los iraquíes ni se enteraron por donde les llegó aquel fuego que acabó con ellos.

El efecto más determinante de la potencia de fuego en la guerra actual no es la capacidad de matar, sino la de debilitar psicológicamente al soldado enemigo y socavar su determinación de seguir luchando. Sin embargo, en la actualidad, en 2008, a pesar de la alta tecnología usada y cada vez con más efectividad, la naturaleza de la guerra continúa siendo como hace siglos, combatiéndose de forma tradicional, combinadamente con la alta tecnología, cada vez más letal. Pero a pesar de la tecnología, aún en la Guerra de Irak un puñado de insurgentes iraquíes armados con fusiles y ametralladoras son capaces de detener el avance de una gran formación norteamericana a las puertas de una ciudad, como ocurrió en Nasiriya en 2003, la primera ciudad iraquí ocupada por EE.UU en su avance por Irak. No se debe olvidar que aún hoy, y en el futuro, la esencia de la guerra es un enfrentamiento “cuerpo a cuerpo” entre dos individuos. El que posee mayor habilidad, fuerza o más tecnología, gana. Toda la tecnología del mundo pierde importancia cuando dos individuos se enfrentan físicamente, a corta distancia, y se ven y se sienten mutuamente. Cuando un individuo o un grupo de individuos están a corta distancia, no necesitan aviones espías ni radares para combatirse. El ejemplo de Nasiriya puso en evidencia una debilidad que las fuerzas de EE.UU venían mostrando desde la campaña de Afganistán de 2001-2002: los iraquíes se dieron cuenta de que no podían combatir y mucho menos derrotar a los estadounidenses usando las armas tradicionales, y tenían que encontrar otra fórmulas, las cuales fueron apareciendo a medida que avanzaba la guerra. Los norteamericanos lograron entrar en Bagdad más a base de fuerza bruta y empuje militar, que por el uso

de tecnología. En éste sentido, la guerra aún en el Siglo XXI continúa siendo primitiva.

La Transformación, el uso de menos efectivos militares para hacer la guerra y lograr la victoria, topó con un obstáculo justo tras la toma de Bagdad y el fin de las operaciones militares de invasión: la administración de Irak tras la guerra. Las revueltas y saqueos por parte de la población que siguieron a la invasión de Irak fueron demasiado para las relativamente pocas tropas que el Pentágono destinó a Irak para la guerra, y los estadounidenses, que en virtud de la Transformación destinaron en 2003 la tercera parte de los efectivos que habían destinado en 1991, se vieron desbordadas desde el principio. Se invirtieron miles de millones de dólares en tecnología, pero ahora el Pentágono no podía hacer frente con sus tropas a las constantes rebeliones que se producían en Irak entre una población que accedió en cuestión de días al enorme arsenal de armas que dejó el ejército iraquí. Mientras los estadounidenses comenzaban a rastrear Irak en busca de las armas de destrucción masiva, uno de los motivos de la guerra, tenían en frente a millones de armas ligeras en manos de la población y los grupos armados. Las fuerzas militares de Estados Unidos no pudieron proteger todos los cientos de depósitos de armas que existían desde la peor época de Sadam Hussein, y los diversos grupos de resistencia iraquíes se pudieron abastecer de todo tipo de armas y formar las primeras guerrillas, muchas de ellas anti-estadounidenses, algo que condicionaría los siguientes años de ocupación estadounidense hasta aún hoy, finales de 2008. Producto de todo ello, esas guerrillas ya organizadas comenzaron a resistirse a las fuerzas estadounidenses; estudiaron la situación y se adaptaron, preparándose para combatir con armas ligeras a unas fuerzas muy superiores, luchando contra ellas y causándoles daño. Algunos analistas militares estadounidenses advirtieron que avanzada ya la ocupación de Irak, en torno a 2006, se podían observar entre los insurgentes iraquíes que si bien eran derrotados en la guerra convencional, practicaban tácticas propias de la Guerra de Vietnam, tácticas de guerrilla que los estadounidenses ya tuvieron que afrontar en Vietnam cuarenta años atrás, causando daños a los estadounidenses.

Cuando el 1 de Mayo de 2003 el Presidente Bush aterrizó en un avión de reconocimiento Viking, pilotado por él mismo, sobre la cubierta del portaaviones USS Abraham Lincoln CVN72 frente a la costa de San Diego y con la frase de fondo que decía "Misión Cumplida", anunció el fin de las operaciones militares en Irak al estar controlado todo su territorio, y ensalzó el concepto militar de la Transformación. Se trató de un gesto que además de prematuro y triunfalista, sería calificado cinco años más tarde por el propio Bush como un error, ya que los problemas para los estadounidenses en Irak sólo acababan de empezar en aquel Mayo de 2003. Para Bush continuaba la Guerra Mundial contra el Terrorismo, pero terminaba la Guerra de Irak con la ocupación militar del país. Pero cinco años después, la Guerra de Irak mantiene incluso a más tropas estadounidenses en el país, 160.000 soldados, que en la invasión de 2003. Se trata de una guerra enquistada, cada vez más parecida a Vietnam, y ya todos los políticos coinciden en que la retirada es obligada para 2009, precisamente cuando tome posesión el próximo presidente de los Estados Unidos, Barak Obama.

En la Guerra de Irak actual no se trata sólo de actividades terroristas de una resistencia, si no de una auténtica rebelión muy organizada con elementos de la época de Sadam Hussein y grupos reiligiosos integristas, todo ello mezclado y agitado en el contexto de una ocupación militar extranjera y de una entidad nacional, Irak, cada vez más frágil por estar inmersa en una guerra civil técnica y con el trasfondo de tres grupos étnicos y religiosos que luchan por el poder entre sí (chiíes, suníes y kurdos). Aún después de la retirada estadounidense, que previsiblemente no se consumará antes de 2010, es casi imposible saber cuando terminará la guerra en Irak, que será una herencia envenenada para los iraquíes en forma de guerra civil por parte de Estados Unidos, similar a Camboya. La declaración de Bush del 1 de Mayo de 2003 es la prueba de que Estados Unidos subestimó la situación; la rápida victoria militar de tres semanas sólo dio paso a una guerra de ocupación indefinida en el tiempo y con episodios no de combates militares entre ejércitos, si no de guerrillas que después de la invasión estadounidense se reagruparon y comenzaron a luchar, y sobretodo terrorismo.

Los planificadores de la Administración Bush previeron erróneamente que la ocupación de Irak sería similar a la de Alemania y Japón en 1945, una administración militar que pondría orden en el país, introduciría la democracia y lo haría prosperar en unos años. Pero las particularidades y la situación de Irak no tienen nada que ver con las de países occidentales como Alemania o Japón en 1945, cuyas administraciones en manos de estadounidenses fueron un éxito y cumplieron sus propósitos. En Irak hay demasiados elementos integristas, terroristas y antiestadounidenses, además de luchas entre grupos étnico-religiosos, como para que la administración estadounidense pueda cumplir sus propósitos. La administración estadounidense de Irak se basaba además en dos supuestos: el primero consistía en la creencia de que la gran mayoría de los iraquíes, hartos tras décadas de golpes militares y dictadura de Sadam Hussein, deseaban fervientemente la llegada de una democracia autóctona, aunque fuera introducida por extranjeros como los estadounidenses. El segundo supuesto era creer que los iraquíes obviarían el hecho de una invasión extranjera, como hicieron alemanes y japoneses tras 1945, y se concentrarían en reconstruir su país y su sociedad, rechazando de plano el terrorismo y aceptando la mano tendida de los estadounidenses para levantar un nuevo Irak. Ambos supuestos estaban totalmente equivocados, y una vez más los estadounidenses hicieron gala de su tradicionalmente poca empatía y sobretodo de su tradicional desconocimiento de la realidad de los demás países y culturas distintas a la suya. Por si fuera poco, está el petróleo: aunque Washington no quiere publicitarlo demasiado, no es ningún secreto que Estados Unidos tenía dos grandes motivos "ocultos" para invadir Irak: acabar con Sadam Hussein y el petróleo iraquí, concretamente poder reincorporar a Irak, uno de los cuatro grandes productores mundiales antes de 1990, al circuito de producción mundial de crudo en un momento en que la producción mundial se ha estancado mientras la demanda no para de crecer desde 1999 tras la incorporación de India y sobretodo China al grupo de grandes importadores de crudo. Las multinacionales petroleras estadounidenses, introducidas en Irak desde 2003 por una Administración Bush totalmente hipotecada al lobby del petróleo, están siendo unas de las pocas "ganadoras

silenciosas” de la Guerra de Irak, al lograr jugosos contratos de explotación de crudo iraquí. Se trata pues de demasiados elementos a considerar como para que Estados Unidos tenga éxito en la recuperación de Irak, incluso para lograr un régimen semidemocrático al estilo del de Hamil Kharsai en Afganistán.

La Campaña militar estadounidense en Irak ha tenido desde 2003 dos fases bien diferenciadas: la primera consistió en una operación militar, una guerra tecnológica a gran escala que no tuvo contestación en el campo de batalla por su total superioridad tecnológica. La segunda fase comenzó con la ocupación y administración de Irak desde Mayo de 2003, diseñada para controlar a una población e imponerle una forma de gobierno que nunca se consultó a los interesados si era la que deseaban, ni tuvo en cuenta sus particularidades. Prácticamente se ha estado usando a las mismas tropas que efectuaron la primera fase para gestionar la segunda fase, y el resultado está siendo decepcionante en todos los aspectos. El Pentágono, desbordado ante las más de 4.000 bajas estadounidense hasta hoy, además de las decenas de miles de iraquíes muertos desde 2003, y ante una rebelión iraquí casi incontrolable, comenzó a partir de 2006 a buscar “soluciones científicas” para la Guerra de Irak. Ya en Septiembre de 2003, el entonces miembro del Gabinete Bush y uno de los arquitectos de la guerra, Paul Wolfowitz, implementó una serie de medidas para estudiar la seguridad en Irak con un presupuesto de 250 millones de dólares. De nuevo la tecnología parecía la solución de EE.UU para Irak, aunque los resultados no fueron ni mucho menos definitivos. La Transformación, con sus tres principales características (velocidad, precisión e información) no terminaba de dar resultados en Irak, y prueba de ello fue que en Enero de 2007, ya en pleno debate y rumores sobre una retirada estadounidense, el Presidente Bush ordenó el refuerzo del contingente estadounidense en Irak con el envío de otros 10.000 soldados adicionales, sumados a los 20.000 que ha había ordenado antes, situando el número de efectivos estadounidense en Irak en 160.000, la mayor cifra desde la invasión de 2003.

A pesar de que la superioridad tecnológica no garantiza no sólo una “victoria” si no una pacificación de Irak, el Complejo Militar-Industrial Estadounidense continúa trabajando para proporcionar al arsenal estadounidense armas cada vez más eficaces que refuercen su ya de por sí superioridad tecnológica mundial, armas cada vez más perfectas. Estados Unidos efectúa avances tácticos para contrarrestar la tecnología, y avances tecnológicos para contrarrestar las tácticas, en una carrera tecnológica que nunca se detiene. La Guerra basada en Redes, un concepto esencial de la Transformación, sigue perfeccionándose cada vez más. Se están desarrollando sistemas de armas capaces de destruir objetivos a la velocidad de la luz, algo totalmente novedoso y que podrían cambiar algunos aspectos de la guerra. Las armas no letales, que comenzaron a desarrollarse desde finales de los 1980’s, son cada vez más perfectas, y su uso es cada vez más usual. La ciencia y la tecnología siguen siendo esenciales para garantizar la superioridad militar de EE.UU, sin embargo las leyes de la guerra, la ciencia militar y el arte de la guerra tal como fue concebido desde hace siglos, siguen vigentes. En la guerra son esenciales la inteligencia, la capacidad de adelantarse al enemigo, y el conocimiento de la historia, pero también la diplomacia. Centrarse en la tecnología es simplificar



demasiado una realidad tan compleja como la guerra. En Estados Unidos comienza un debate en torno a si la tecnología por sí sólo basta para ganar guerras. Cada vez más analistas estadounidenses creen que el conocimiento y la comprensión del enemigo tiene una importancia capital, similar si no superior a la tecnología, una lección que se pudo ver en Vietnam. La Guerra de Irak marcará un hito en torno a éste debate.

### **Una Opinión autorizada en Temas Militares: John W. Warner**

Si existe hoy día una personalidad experta en política militar en Estados Unidos, ese es el Senador John W. Warner. Actualmente es Senador republicano por Virginia, pero se trata de una auténtica leyenda viva en asuntos militares, un experto militar cuya opinión es respetada en todo el país aún a sus ochenta años.

Warner fue el inspirador de una de las últimas y más importantes doctrinas militares estadounidenses, que además lleva su nombre: la Doctrina Militar Warner. También conocida como “doctrina bélica de los ataques a los centros de gravedad del enemigo”, fue proclamada por Warner en 1989 y tuvo su bautismo de fuego en 1991 en la Operación Tormenta del Desierto, con un efecto letal, y desde entonces y en las últimas dos décadas forma parte imprescindible del inventario científico-militar estadounidense en todas las operaciones militares de envergadura que EE.UU ha practicado por todo el mundo, destrozando en las primeras horas de una campaña militar los centros neurálgicos enemigos y cortando así la cadena de mando y las comunicaciones con un efecto devastador. En cierto modo la Doctrina Militar Warner además de ser muy efectiva propició el nacimiento en 1991 durante la Guerra del Golfo de otra doctrina militar, la de “Bajas Cero”, conocida también como “Doctrina Powell” en honor a su mentor, el entonces Jefe del Estado Mayor Conjunto Colin Powell. Las ideas de Warner y su castigo desde el aire sobre el enemigo en las primeras horas de la campaña iraquí de 1991 facilitaron la casi ausencia de bajas estadounidenses en aquella guerra, guerra que fue una puesta de largo de la tecnología militar estadounidense desarrollada durante las décadas de los 1970’s y 1980’s, desde la Guerra de Vietnam.

Warner es un veterano de la Segunda Guerra Mundial, divorciado de la actriz Elisabeth Taylor. Fue Secretario de la Marina en la rama civil a comienzos de los 1970’s durante la Administración Nixon, y un influyente ideólogo y teórico en política militar durante las décadas de los 1970’s y sobre todo los 1980’s, durante las presidencias de Ford, Reagan y Bush padre. Desde comienzos de los 1990’s su doctrina militar es estudiada en todas las escuelas de guerra y academias militares de EE.UU, y usada por sus Fuerzas Armadas.

En Agosto de 2007 Warner volvió a cobrar protagonismo tras convertirse en el primer destacado miembro del partido republicano en sugerir, casi en solicitar, una retirada escalonada de las fuerzas estadounidenses de Irak. Al tratarse de un Senador y miembro del partido, el grupo de republicanos partidarios de retirarse de Irak comenzó así a tener representación política. Warner acababa de volver de un viaje de Irak en compañía del Senador demócrata y jefe del

comité de servicios armados del Senado, Carl Levin, quien tiempo atrás ya había solicitado abiertamente una retirada de Irak. Sin embargo Warner no pidió una retirada total, si no una reducción significativa, inicialmente unos 10.000 soldados, para dar una señal política clara al gobierno iraquí en el sentido de que Estados Unidos no permanecerá indefinidamente en Irak. En esa misma época, Verano de 2007, las recomendaciones de Warner coincidieron con un informe de la CIA y los servicios de inteligencia militares que alertaban sobre la nula capacidad del gobierno iraquí para que tras cuatro años de presencia militar estadounidense, Bagdad pueda no sólo consolidar su democracia, si no ni tan siquiera asegurar una precaria paz en Irak. Se barajaba incluso la posibilidad de que el ejecutivo iraquí deseara prolongar el caos para obligar a las fuerzas estadounidenses a permanecer indefinidamente en Irak y perpetuarse en el poder los actuales líderes iraquíes. Sea como fuere, las influyentes opiniones de Warner no fueron demasiado atendidas por la Administración Bush, que más de un año después, finales de 2008, mantiene prácticamente las mismas tropas en Irak que entonces. Está totalmente claro que Bush dejará en herencia a Obama, que tomará posesión en Enero de 2009, la difícil solución al problema de la intervención norteamericana en Irak, un problema que lógicamente sólo tiene una solución, la retirada, y con un escenario muy similar al que se produjo hace exactamente 40 años, cuando en las elecciones de Noviembre de 1968 estaba claro que la Guerra de Vietnam estaba completamente perdida, que los estadounidenses tenían que retirarse, y que para Enero de 1969, tras la salida de Johnson de la Casa Blanca, el siguiente presidente (Nixon) debía proceder a la retirada.

### **La Vigencia de Clausewitz**

Kart Von Clausewitz sigue siendo considerado, dos siglos después de su obra, el gran clásico, junto a Sun Tsu, de la Ciencia Militar. La idea central de su obra universal, "De la Guerra", aparte de su famoso aserto "la guerra es la continuación de la política por otros medios", es que la guerra tiende hacia los extremismos. Para Clausewitz la guerra tiene tres jerarquías: los Estados, los ejércitos, y los pueblos. De éstas tres jerarquías, Clausewitz extraía su concepto de guerra total, convirtiéndose en el apóstol de la guerra total tras escribir "De la Guerra" en 1816, justo tras el fin de las guerras napoleónicas. Lo que logra que una guerra sea tal es la fuerza, la fuerza militar. Incluso en esas tres jerarquías hay catalizadores imprescindibles para iniciar una guerra. En el plano político, un Estado en ocasiones tiene que hacer frente a resistencias para lograr sus objetivos, por lo que recurre a la fuerza militar. Militarmente, el ejército emplea la fuerza para derrotar y desarmar al enemigo, y tras esto se consigue el objetivo político. Finalmente, las guerras se inician porque consciente o subconscientemente, y de forma natural o artificiosa, las voluntades populares se dirigen hacia los conflictos militares cuando las pasiones colectivas así lo exigen. Clausewitz consideraba la guerra como una actividad intrínsecamente humana, y racional, a pesar de que pudiera estar motivada por pasiones incontrolables.

Si se analizan todos éstos axiomas, la Guerra de Irak no es completa. Clausewitz distinguía claramente dos elementos de la guerra: el político y el

militar. El objetivo político puede limitarse, pero el respaldo popular a una guerra puede no ser suficiente como para perpetrarla (Vietnam). Clausewitz ya advertía de la importancia del respaldo popular a una guerra. Dejó claro ya a comienzos del Siglo XIX que cuanto más fuerte fuera el sentimiento colectivo a favor de una guerra antes de que ésta comenzara, más se acercaría ésta a una guerra total, hacia la total destrucción del enemigo, y más se aproximarían los planos político y militar, y más militar y menos política sería esa guerra, aunque siempre sin perder de vista el objetivo político final que debe culminar cualquier guerra. Cuanto menos fuertes sean las pasiones, menos coincidirá el plano militar (la fuerza militar) con el plano político. En éstas reflexiones cabe introducir un ejemplo importante, como el que ha sido el que Estados Unidos tradicionalmente ha comenzado guerras procurando enervar las pasiones de sus propios ciudadanos en forma de pretextos pretendidamente victimistas, como una potencia extranjera atacando a intereses o ciudadanos estadounidenses: así sucedió en su primera guerra “imperialista” fuera de las fronteras de Norteamérica, la Guerra Hispano-Norteamericana de 1898. En esa ocasión la prensa norteamericana abanderó una campaña contra España, una Potencia Europea que según la Doctrina Monroe de comienzos del XIX no debería ya tener posesiones en el continente americano, y mucho menos en el Caribe, el “patio trasero de EE.UU”. La campaña periodística consistió en un alegato por la libertad de Cuba y Puerto Rico, entonces colonias españolas, así como por la expulsión definitiva de las Potencias Europeas del continente americano. También en la Primera y Segunda Guerra Mundiales, así como en Corea, Vietnam o Irak, entre otras, Estados Unidos ha procurado tener “motivos” materiales y puntuales para entrar en guerra con la aquiescencia de sus propios ciudadanos.

Otra característica de las ideas sobre la guerra de Clausewitz es que la guerra siempre se caracteriza por lo que Clausewitz denomina “fricción”, ese tipo de contingencias la mayoría imprevisibles que hacen que una guerra pierda eficiencia, velocidad, sea distinta y “peor” de lo que se planeó en los planes bélicos. Para Clausewitz, todos esos “imprevistos” desempeñan un papel importante en el devenir de una guerra armada. Clausewitz cree que el resultado final, la guerra real, surge de la interacción entre las limitaciones políticas y prácticas y la tendencia interna a la guerra absoluta. Cuestión aparte era la organización, la jerarquía militar. La dirección de una guerra se convertía así en tema central, ya que una teoría estratégica sobre la organización de la guerra se hacía necesaria. Incluso era necesario un lenguaje común para clasificar las distintas teorías y doctrinas militares que iban surgiendo. Surgirían a partir de ahí lo que más tarde se conocería como “procedimientos operativos normalizados”.

Con todo esto, Clausewitz puso las bases de toda la teoría de la guerra y pensamientos militares y estratégicos que se fue compendiando y elaborando durante los Siglos XIX y XX, hasta comienzos del Siglo XXI, en la actualidad. La obra clásica de Clausewitz, “De la Guerra”, fue la primera que trató sobre las dos teorías estratégicas clásicas de la guerra, la teoría del desgaste y la teoría de la maniobra. También en esa obra se trataron por primera vez dos de las dicotomías básicas de la teoría bélica: el ataque y la defensa, y la concentración o dispersión de fuerzas. La Teoría del Desgaste consiste en

lograr la victoria agotando al enemigo, “desgastándolo”, y es una doctrina militar asociada a las estrategias defensivas y a grandes concentraciones de tropas. La Teoría de la Maniobra se basa en la sorpresa y la capacidad de adelantarse, usando la movilidad y la dispersión de fuerzas para lograr velocidad. Para Clausewitz ambas teorías son complementarias, es difícil que usando una sola de las dos estrategias se logre la victoria militar. Si se usa solamente el desgaste, por fuerza la victoria se demora demasiado, la guerra se alarga con los perjuicios de toda índole que eso supone, y lograr una victoria militar decisiva es casi imposible. Tres ejemplos destacados de ésta teoría son las tres guerras de desgaste posiblemente más famosas del Siglo XX: en la Primera Guerra Mundial, franceses y alemanes estuvieron años luchando en las trincheras, como en Verdún, sin que ninguno de los dos bandos lograra una victoria decisiva mediante ésta estrategia. Israelíes y egipcios tuvieron tres largos años de escaramuzas fronterizas que a punto estuvieron de provocar un conflicto a gran escala, en lo que se conoció como “la Guerra de Desgaste de 1967-70”. Por último, Irán e Irak libraron una prolongada guerra de desgaste en torno a su frontera común entre 1980 y 1988 que terminó en tablas, sólo rota por grandes ofensivas que no tuvieron resultados definitivos como las de 1980 y 1983. Si la estrategia del Desgaste no es definitiva, tampoco la de la Maniobra lo es, ya que ésta precisa de una superioridad importante para triunfar.

La conclusión más destacada de la obra de Clausewitz “De la Guerra” es la teoría de la guerra total: aparte de la conexión entre los medios políticos y militares, Clausewitz cree que en un conflicto armado se debe contar con una fuerza de grandes proporciones, y estar dispuesto a usarla. Una expresión coloquial que resumiría este pensamiento de Clausewitz sería: “si entras en un conflicto, si decides usar la fuerza militar, debes tener un objetivo político claro y definido, y debes estar dispuesto a emplear esa fuerza militar de forma contundente y hasta las últimas implicaciones”. Hoy día, y desde hace ya décadas, éstos planteamientos “clauswitzianos” están universalmente aceptados y considerados el *Santa Santórum* de la teoría de la guerra, pero no quiere decir que se sigan siempre al pie de la letra, y sólo se tienen en cuenta desde el Siglo XX. En el Siglo XVIII, e incluso durante el Siglo XIX, las guerras entre Estados se libraban principalmente regidas por el principio de “la prudencia”, de forma muy conservadora, y en general arriesgando poco, lo cual prolongaba enormemente los conflictos y éstos se resolvían sólo cuando uno de los bandos se desgastaba demasiado, o bien cuando por circunstancias, muchas veces azarosas, se producía una gran batalla que eliminaba por completo al enemigo. Se evitaba mucho el gran combate (la idea era conservar lo máximo posible a las fuerzas propias), se usaban mucho los asedios (a veces duraban años) y poco los ataques, los inviernos solían interrumpir las campañas militares, y se usaban demasiado las retiradas estratégicas. En éste sentido, Clausewitz supuso una gran revolución respecto al pensamiento de la época al opinar algo obvio: la batalla es el momento decisivo de la guerra, y la movilización de las fuerzas y su distribución previa eran los factores determinantes para el resultado final de una guerra.

Todo esto se resume en un aserto de Clausewitz de su obra “De la Guerra”: “dado que el uso del poder físico, hasta el máximo extremo, no excluye en

absoluto la cooperación de la inteligencia, se deduce que el que usa la fuerza de forma implacable, sin referencia al derramamiento de sangre subsiguiente, debe obtener cierta superioridad si su adversario la aplica con menos vigor. Entonces, el primero dicta la ley al segundo, y ambos se deslizan hacia extremos cuyas únicas limitaciones son las que impone la cantidad de fuerza que cada lado emplee para contrarrestar al otro". Ésta referencia de Clausewitz a la cantidad de fuerza es muy importante, ya que el tamaño de los ejércitos ha ido creciendo y decreciendo a lo largo de los siglos, según evolucionaba la guerra. En el Siglo XVIII los ejércitos eran profesionales y reducidos, y las guerras se libraban con los ciudadanos de las naciones contendientes como "espectadores", salvo que tropas mercenarias saquearan ciudades como botín. En las Guerras Napoleónicas ya a comienzos del Siglo XIX, se empiezan a usar tropas de conscripción, movilizand o a todos los ciudadanos para la defensa del país en forma de milicias. Ese elemento introducido por Napoleón "por sorpresa" le da la enorme superioridad militar, basada en la cantidad de tropas que Napoleón medía en cientos de miles de soldados, que ningún otro contendiente sup o contrarrestar en un principio por seguir usando el modelo tradicional de ejércitos profesionales y pequeños de sólo decenas de miles de soldados.

En la Primera Guerra Mundial se vuelven a usar tropas de conscripción, habiendo ejércitos formados básicamente por ciudadanos en edad militar, hasta llegar a la Segunda Guerra Mundial que se convierte en el momento de la historia en el que se emplean los ejércitos más grandes de todos los tiempos (incluida la actualidad, con ejércitos inferiores en número), con fuerzas militares nacionales formadas por millones de soldados, como la Wehrmacht alemana, que llegó a usar 5 millones de hombres, o el Ejército Rojo soviético que llegó a movilizar a más de 12 millones. Con la Guerra Fría, y ya definitivamente desde los años 1970's, los ejércitos volverán a decrecer en número de soldados al comenzar a generalizarse la profesionalización, y debido también al mayor énfasis que se pondrá en la tecnología militar, cada vez más determinante. Un modelo destacado de ejército moderno es el israelí, muy pequeño pero enormemente efectivo, muy dotado de tecnología, si bien Israel echa mano de sus ciudadanos en forma de tropas de reserva cuando un conflicto se prolonga. Pero probablemente el modelo clásico de fuerzas armadas modernas, dejando a un lado a las poderosas FAS de EE.UU, son las FAS Británicas; se trata del ejemplo de fuerzas militares más extendido en los países desarrollados, totalmente profesionalizadas desde la década de los 1970's, muy tecnificadas y con una gran capacidad de combate y movilidad, un modelo muy copiado hoy día por casi todos los países europeos. Las profesionalizadas FAS Británicas, una vez dejado definitivamente atrás en los 1960's el pasado colonial, demostraron su valía en primer lugar en la Guerra de las Malvinas de 1982, y después en posteriores campañas como la Guerra del Golfo de 1991 y la Guerra de Irak de 2003. En todas las ocasiones dejaron el pabellón británico muy alto, fijando el rasero a seguir para otras fuerzas armadas occidentales.

La guerra moderna, en la versión más clausewitziana, se verá favorecida durante el Siglo XX por ese espectacular avance de la tecnología bélica que se lleva produciendo desde la Revolución Industrial. Las armas ligeras de repetición, que imprimieron más velocidad de disparo, el ferrocarril y el

telégrafo, que permitieron mejores comunicaciones en el campo de batalla y mejorar la movilidad de los ejércitos, y otras innovaciones supusieron una auténtica revolución en la guerra que prepararon al campo de batalla para el Siglo XX. Ya desde finales del XIX se usaron esas técnicas: los británicos se pudieron extender por África “desde Alejandría a El Cabo” con relativamente escasas fuerzas frente a millones de nativos gracias a sus innovaciones militares-industriales. La Guerra Franco-Prusiana, que estrenó la rivalidad entre franceses y alemanes y culminó la Unificación de Alemania, tuvo en la tecnología militar una protagonista de excepción. Por su parte, en EE.UU la producción industrial de armas ligeras comenzó desde mediados del Siglo XIX, y la Guerra Civil Estadounidense está considerada como la primera guerra “industrializada” de la historia, y, como sucediera en la década de los 1940’s con ocasión de la Segunda Guerra Mundial, ya mucho después de la Guerra Civil, la industria bélica estadounidense hizo de locomotora para arrastrar el enorme poderío industrial de EE.UU hasta ponerlo a la cabeza de las naciones industriales del planeta. El denominado por Eisenhower como “Complejo militar-Industrial”, nacido justa tras la Segunda Guerra Mundial, tuvo sus antecedentes en complejos militar-industriales más modestos pero también muy importantes en Gran Bretaña y Alemania a comienzos del Siglo XX, con ocasión de la rivalidad naval, en la construcción de buques de guerra entre ambas naciones.

Clausewitz también influyó en un elemento clásico de la guerra, muy usado en Europa desde la Edad Media: las alianzas militares. Clausewitz insiste una y otra vez en la importancia de la superioridad de fuerzas militares sobre el enemigo, de ahí que las alianzas entre Estados adquieran una importancia tan grande. Otro factor importante en la modernización de la guerra fue la codificación de las leyes de la guerra. La primera regulación de la guerra data de 1856 con la Declaración de París, que regulaba el comercio marítimo en tiempo de guerra. La más importante legislación sobre la guerra fue la Convención de Ginebra (1864), que versó sobre el trato dispensado a los prisioneros de guerra. El fundador de la Cruz Roja, Henry Dunant, tuvo una aportación inestimable en aquella declaración. Otras convenciones posteriores fueron la Declaración de San Petersburgo (1868), las dos Conferencias de La Haya (1899 y 1907), y la Conferencia de Londres (1908), que conjuntamente crearon una serie de leyes sobre el tratamiento de prisioneros, enfermos, heridos, no combatientes, la neutralidad, y el concepto de “necesidad militar”. Todas éstas disposiciones ayudaron a delimitar lo que constituye la guerra legítima y los límites para la aplicación de la fuerza. En el fondo, y en una línea clausewitziana, todas éstas disposiciones fueron un intento de conservar el concepto de guerra como instrumento de la política, como instrumento del Estado, y en una situación en la que la tecnología proporcionaba cada vez un mayor umbral y capacidad de destrucción.

Si la guerra evolucionó durante el Siglo XIX, tras la experiencia napoleónica, como una actividad esencialmente entre Estados, con una cada vez mayor importancia del volumen de fuerzas y de las ofensivas, así como de la tecnología, y, con la gran aportación de Clausewitz, en una racionalización de la guerra en el sentido de convertirla en una doctrina cada vez más científica, el Siglo XX dejaría en pañales a la centuria anterior. La Ciencia Militar, también

conocida como “Militaria”, empezaría a desarrollarse como una ciencia más dentro del campo de las ciencias sociales, siendo objeto de estudio como disciplina no sólo en academias militares y escuelas de guerra, si no también en facultades de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de todo el mundo. La guerra total en el Siglo XX se generalizaría, con excepciones como la guerra de guerrillas o el terrorismo. En la obra de Clausewitz siempre había una dicotomía casi constante entre la razón y la emoción como motores de la guerra. “De la Guerra” está plagado de personajes plagados de sentimientos como valentía y heroísmo. Las dicotomías entre diversos conceptos se suceden en la obra de Clausewitz: desgaste y ofensiva, defensa y ataque, arte y ciencia, razón y emoción. Y esas dicotomías alcanzan su punto más alto en el campo de batalla durante el Siglo XX.

Durante los primeros cincuenta años del Siglo XX se sucedieron las dos guerras mundiales, los dos conflictos militares más destructivos y con mayor potencia de fuego de toda la historia de la humanidad; entre ambos superaron varias veces en potencia destructiva y en número de muertos a todas las anteriores guerras sucedidas en la historia humana, contando desde el primer conflicto armado del que se tienen crónicas en la historia, la Guerra del Peloponeso entre Atenas y Esparta en el Siglo V a.C. Se trató de dos ejemplos privilegiados de Guerra Total, el concepto principal de Clausewitz. Es como si Clausewitz hubiese desarrollado sus ideas exactamente cien años antes de esos dos conflictos, y que esos dos conflictos fuesen las pruebas más concluyentes de sus teorías. Las dos guerras mundiales fueron guerras totales que incluyeron una gran movilización nacional de muchas naciones, tanto en el combate como en la provisión de material de combate (industria militar). Antes de que acabase la primera mitad del Siglo XX surgieron las armas nucleares. El conflicto ideológico-militar que surgiría a partir de 1945 entre estadounidenses y soviéticos sería la culminación definitiva del concepto de guerra total de Clausewitz.

Clausewitz advertía en toda su obra que la guerra debe estar al servicio de la política, y no al revés. Durante la Guerra Fría sin embargo pareció en ocasiones suceder ambas cosas, lo cual explica la extrema peligrosidad de la Guerra Fría. La completa movilización nacional en torno a la guerra que ya supusieron las dos guerras mundiales, también se desarrollaría y de una forma nunca antes vista durante ese conflicto que se denominó Guerra Fría. El hecho de que las dos naciones más poderosas de la tierra concentraran sus energías en torno a su capacidad militar, y aunque nunca llegaron a combatirse abiertamente, se dedicaran a desgastarse la una a la otra durante cuarenta años con las armas nucleares como protagonistas aunque sin llegar a usarlas, y estuvieran enfrentadas de forma constante, constituye un ejemplo privilegiado de guerra total “no abierta”. La guerra total borra muchas distinciones: combatientes y civiles, intereses militares e intereses civiles, lo público y lo privado. Así, la guerra fue evolucionando: objetivos considerados legítimamente militares en la I Guerra Mundial, hoy en día están prohibidos incluírlos en un plan de batalla y se consideran contraproducentes si se atacan. Los bombardeos masivos sobre la población civil efectuados por los aliados sobre Alemania y Japón (bombardeos como los de Hamburgo, Colonia, Dresden o Tokio en los que morían en una noche hasta 100.000 personas, las

mismas que en el bombardeo atómico de Hiroshima) están hoy completamente proscritos, y qué decir del uso militar del asesinato en masa que alcanzó su mayoría de edad durante la II Guerra Mundial y hoy tipificado como “genocidio” o “crimen contra la humanidad”.

Durante el Siglo XX el concepto de guerra como interés del Estado fue cuestionado. La guerra cada vez implicaba a más gente, y la gente debía cuestionarse de forma individual sus intereses a la hora de ir a la guerra o arriesgarse a morir. En siglos pasados los mercenarios combatían por dinero, pero en la I Guerra Mundial los jóvenes se alistaban por patriotismo. En la II Guerra Mundial millones de jóvenes estadounidenses lucharían, a parte de por defender sus hogares, por defender valores y modos de vida; EE.UU fue a la guerra en 1941 más que por intereses nacionales de cualquier tipo, por defender la supervivencia de su modo de vida y por “luchar contra el mal”, combatir ideologías y formas de vida consideradas degeneradas como el fascismo, y preservar el sistema considerado ideal, la democracia, aunque al final de la contienda obtuvo todo eso junto a incontables ventajas estratégicas y económicas a nivel mundial. Durante la Guerra Fría, en EE.UU se hizo una invocación similar, ésta vez contra el comunismo. De nuevo se trataba de una lucha del bien contra el mal, y ese planteamiento justificó la carrera nuclear durante cuarenta años, y hoy en día lo sigue haciendo en el contexto de la Guerra Global contra el Terrorismo. Sin embargo ese planteamiento fallaba en ocasiones puntuales, y el caso más paradigmático fue Vietnam, un conflicto que EE.UU inició como una intervención militar regional contra el comunismo, contra “el mal”, pero que se alargaría justificado como una causa noble mientras que tanto el ciudadano como el soldado norteamericano no veía justificación alguna. EE.UU ganó en Vietnam el 90 % de las batallas, y practicó una superioridad militar incontestable, y sin embargo terminó por retirarse frustrado por falta de una victoria concreta y un fin tangible alcanzado. De la fallida experiencia norteamericana en el Sudeste Asiático saldría el “Síndrome de Vietnam”, una lacra en la política exterior y política militar estadounidenses que dura hasta nuestros días y que aún admitiendo la necesidad de intervenir por todo el mundo en defensa de la democracia y la libertad, deja claro la exigencia de no arriesgarse en latitudes “lejanas” a perder vidas norteamericanas por causas de dudosa legitimidad. De Vietnam saldrían varias doctrinas militares usadas en la actualidad, como la “Doctrina Bajas Cero”, la “Doctrina de Ataque a los Centros de Gravedad del Enemigo”, y el uso estratégico del poder aéreo como forma de no recibir bajas aún llevando la destrucción del enemigo (Guerra de Kosovo, 1999), lo que el teórico Edgard Luttwak llamó “la Guerra Post-heroica”.

Admitiendo que las guerras suelen iniciarlas, o al menos implementarlas, un grupo de hombres, si bien en muchas ocasiones con sentimientos nacionales muy fuertes de pueblos enteros detrás, la vieja teoría según la cual las democracias tienen muy pocas posibilidades de enfrentarse entre de forma general sí se cumple. En ocasiones los pueblos son más beligerantes que sus dirigentes (Gran Bretaña y Francia en 1939), y otras veces gobiernos y ciudadanos comparten el odio y las ganas de luchar contra otra nación (Conflicto Árabe-Israelí, Guerra Irán-Irak). Pero en una guerra está en juego un objetivo común y “jerarquizado” (derrotar al enemigo, normalmente otra



nación), y la emotividad finalmente individual de arriesgarse a morir por ese objetivo. De nuevo se cumple la dicotomía de Clausewitz entre razón y sentimiento.

Un intento serio de cuestionar, al menos políticamente, la tesis central de Clausewitz de “la guerra es la continuación de la política por otros medios”, tuvo lugar tras la I Guerra Mundial en 1928 con ocasión del Pacto Kellogg-Briand. Éste acuerdo proscibía la guerra y la declaraba ilegítima salvo en casos de defensa propia, y la rechazaba como instrumento político. Sin embargo, y a pesar de que ese acuerdo fue impulsado por dos naciones centrales del Sistema Internacional ya entonces (Estados Unidos y Francia), tuvo una repercusión minúscula, a penas un puñado de naciones lo refrendaron (España entre ellas), e incluso el propio Congreso Estadounidense terminó rechazándolo. Aún así su espíritu sobrevivió como una pequeña victoria del idealismo político sobre el realismo, ya que tras la II Guerra Mundial se juzgó a líderes políticos y militares alemanes y japoneses (con esos mismos parámetros pudo haberse juzgado a líderes militares estadounidenses por los bombardeos masivos a civiles sobre Alemania y Japón) por “crímenes contra la humanidad”, una idea que desde entonces ha quedado formalmente tipificada, y “guerras ilegales de agresión”. La ONU se ha convertido desde entonces en foro de salvaguarda de éstas ideas.

La idea de “guerra legítima” ha ido ganando fuerza como guerra sancionada por el Sistema Internacional en el seno de la ONU, lo cual ni mucho menos quiere decir que no haya aún hoy “guerras ilegítimas” según el rasero de las leyes internacionales: la intervención estadounidense en Irak de 2003 no se acoge en nada a la definición de guerra legítima salvo en un caso, el de derrocar a un dictador genocida, y a pesar de eliminar a Sadam Hussein y tratar de llevar la democracia a Irak, pasará a la historia en las décadas venideras como una aventura militar unilateral de EE.UU, totalmente al margen de la ONU y de la Comunidad Internacional, y con el único argumento de la fuerza militar. Kosovo en 1999, y a pesar de que fue una intervención militar “altruista” que incluso se podría enmarcar dentro del derecho internacional humanitario, y llevada a cabo por parte de 16 naciones de la OTAN, con un objetivo político bien definido, fue técnicamente también una guerra ilegal al no contar con la sanción o al menos el consenso de todo el Sistema Internacional,, e incluso con la oposición de importantes miembros, como Rusia.

El papel de la tecnología es cada vez más importante. Su evolución tiene un paso importante en las armas de destrucción masiva, fundamentalmente las armas nucleares. En la mente de la gente, una guerra nuclear sería aquella guerra terrorífica en la que morirían miles de millones de personas en apenas minutos; según estimaciones de la década de los 1990’s, moriría sólo en el primer día de una guerra nuclear la mitad de la humanidad. En términos científicos y clausewitzianos, una guerra nuclear tiene su principal importancia en el hecho de que podría aplicar una enorme fuerza militar de destrucción en cuestión de minutos. El lado racional de la guerra prácticamente desaparece con las armas nucleares, ya que ningún bando obtendría ventajas en una guerra nuclear, sólo destrucción, y eso contraviene uno de los principios sacrosantos de Clausewitz: si con una guerra se destruye aquello que se

intenta preservar, esa guerra carece de toda utilidad, no debe iniciarse jamás. Las armas nucleares sólo son útiles si se usan estratégicamente, es decir como argumento de fuerza, para esgrimir las como fuerza sin llegar a usarlas, para usarlas como “un farol” en una partida de póker.

La Guerra Fría trajo consigo la cuestión nuclear, pero también lo que se denominó como “la división militar del trabajo”: las grandes alianzas militares (OTAN, SEATO, CENTO, Pacto de Varsovia) se hicieron imprescindibles a la hora de implementar una guerra, nuclear o no. Esas grandes alianzas militares suponían la pérdida de valores nacionales “sacrosantos” en Europa desde hacía siglos, principalmente el monopolio de la violencia por parte del Estado, al estar las fuerzas de los Estados miembros de una alianza supeditados a mandos militares transnacionales. El papel de las dos Superpotencias en esas alianzas, lideradas y dirigidas por ambas Superpotencias, así como en el resto de los conflictos del mundo, incluso en los pocos que hubo entre dos Estados, fue vital.

En resumen, el Siglo XX ha sido un ensayo generalizado en sus tres conflictos principales (las dos guerras mundiales y la Guerra Fría) de las teorías de Clausewitz. Ni siquiera cuando a comienzos de la década de los 1960’s surgieron otros tipos de guerras, las guerras revolucionarias, las guerras de baja intensidad, y las guerras de liberación, fruto de movimientos independentistas y “anti-imperialistas” por todo el Tercer Mundo, ni siquiera entonces se cuestionó a Clausewitz, aún a pesar de que esos tipos de conflictos desafiaban o al menos estaban al margen de los principios del genio prusiano. Y a comienzos del Siglo XXI las teorías de Clausewitz, como las de Sun Tsu, siguen vigentes.

### **Los fracasos de la Transformación y la Tecnología Bélica**

Si bien todo lo que sea mejorar el inventario militar estadounidense es importante y supone un avance, y no sólo en el plano militar, para el país, la idea de que las guerras se practican cada vez más “apretando botones” puede convertirse en una idea “peligrosa” e incluso contraproducente para los dirigentes políticos y militares de EE.UU. El Síndrome de Vietnam, enviar a cientos de miles de soldados a un país lejano para combatir en una guerra de dudosa justificación moral, para finalmente regresar derrotados, ha calado hondo en los dirigentes estadounidenses de las últimas cuatro décadas, por lo que la idea de que desarrollando guerras asépticas, de “apretar botones” y sin apenas comprometer soldados estadounidenses ha resultado demasiado seductora en éstos últimos 40 años. Ese síndrome, junto con los intereses enormemente poderosos del entramado conocido como “Complejo Militar-Industrial”, que genera una enorme riqueza, fomenta el liderazgo tecnológico norteamericano en el mundo y da millones de empleos en EE.UU gracias a los millonarios contratos con el Gobierno, han allanado el camino para que desde finales de los 1970’s se haya enfocado la defensa de EE.UU principalmente en la alta tecnología militar. Hay Estados de la Unión cuya economía literalmente dependen de los contratos con el Departamento de Defensa: el caso más evidente es California, cuya prosperidad y liderazgo tecnológico está

íntimamente ligado a los contratos del gobierno. La industria de la defensa está concentrada en la Baja California, California del Sur, una industria puntera en informática y misiles desde los años 1950's, que da empleo a millones de californianos, que ha atraído desde entonces a millones de inmigrantes procedentes del Medio Oeste Norteamericano, y que ha llegado a decidir la elección de gobernadores (Ronald Reagan, Arnold Shwarsenager). No es casualidad que California sea el Estado más poblado y más rico de todos los Estados Unidos, con una población y un PIB similares a los de Francia.

La guerra "aséptica" tiene otros atractivos para los dirigentes de EE.UU. Tal como opina la experta británica en Relaciones Internacionales, Mary Kaldor, "la preferencia por los bombardeos y la alta tecnología como estrategia militar de EE.UU se explica por una combinación de política interna e intereses institucionales. Todos los gobiernos de EE.UU desde la II Guerra Mundial han creado un consenso nacional a propósito de la idea de defender el país de sus enemigos exteriores gracias al uso de una tecnología superior. El conflicto de la Guerra Fría y las guerras aéreas y sin bajas que ha mostrado la televisión en guerras como la del Golfo de 1991 o Kosovo en 1999 sirven para mantener viva la idea de esos enemigos exteriores, al tiempo que reducen el riesgo de sufrir impopularidad como consecuencia de los horrores de una auténtica guerra con miles de bajas propias... Tras la amenaza soviética, le han sustituido regímenes "irresponsables" o al margen de la ley como nuevas amenazas a la seguridad estadounidense: Irán, Irak, Corea del Norte, Serbia, Afganistán, son los ejemplos más destacados. La amenaza que suponen éstos Estados justifica el aumento de los gastos en potencia aérea. Ésta preocupación política la sostienen los intereses institucionales del sector industrial de la defensa, los entusiastas de la tecnología y las Fuerzas Aéreas, que han fomentado la evolución de costosas y complejas armas de largo alcance a las que se aplican los últimos avances en tecnología de la información. La fase más reciente en ésta evolución es la llamada Revolución de los Asuntos Militares, y su ejemplo más simbólico es el misil de crucero Tomahawk, un arma usada desde hace 20 años pero aún hoy revolucionaria. Ésta Revolución de los Asuntos Militares ofrece a los dirigentes estadounidenses la posibilidad de intervenir en cualquier lugar y en cualquier sitio, con unas bajas mínimas".

Pero cada vez más hay un consenso en EE.UU en el sentido de que en los últimos casi 20 años, sobre todo desde la Guerra del Golfo de 1991, EE.UU ha confiado en exceso en la tecnología en detrimento del soldado, del ser humano, como actor central de la guerra. Las distintas ramas de las Fuerzas Armadas Estadounidenses, pero también las agencias de inteligencia y espionaje, fundamentalmente la CIA, la NSA y la DIA (Agencia de Inteligencia de la Defensa), todos se han centrado en las últimas décadas en la alta tecnología para librar las "guerras extranjeras", y en general para desarrollar sus funciones. El factor humano ha sido cada vez más desplazado. Quizá el máximo exponente de éste hecho es la CIA: la todopoderosa Central Intelligence Agency, que ha librado guerras secretas e incluso clandestinas en solitario por todo el planeta, ha confiado en la tecnología de tal manera que ha secundarizado al tradicional agente de campo, hasta el punto de que en muchas ocasiones ha dejado de utilizarlo, confiando en exclusiva en las armas

de espionaje, cada vez más sofisticadas, para realizar sus funciones. Esto viene ocurriendo desde comienzos de la década de los 1990's, y aunque los resultados en algunos casos puedan haber sido buenos, cuando en Septiembre de 2001 los ataques terroristas removieron a Estados Unidos hasta sus cimientos, todo el mundo miró enseguida a la CIA con el dedo acusatorio. No deja de ser un hecho grave el que un numeroso grupo de terroristas procedente del extranjero planee durante años un atentado gigantesco en suelo estadounidense sin que la CIA, con sus 40.000 millones de dólares anuales de presupuesto, ni ninguna otra agencia estadounidense lo advierta. La excesiva confianza puesta en la alta tecnología, negando el trabajo humano sobre el terreno, pasó factura el 11 de Septiembre de 2001.

Tras el 11-S la CIA fue sometida a un examen riguroso y evaluada. Su gran rival, la Agencia de Seguridad Nacional (NSA) salió reforzada en detrimento de ella. Uno de los puntos que se analizó, entre sus numerosos fallos, fue el exceso de confianza en la tecnología y el escaso uso del tradicional agente de campo, el "espía" de toda la vida. La Transformación, gestada desde la Era Clinton y puesta de largo por Rumsfeld a comienzos de 2001, y sobretodo relanzada tras el 11-S, ha demostrado no ser la respuesta más adecuada, al menos no ser la única respuesta. Las distintas doctrinas militares estadounidenses y la alta tecnología tienen aún muchos frentes abiertos y mucho camino por recorrer hasta convertirse en una vía eficaz para combatir a los enemigos de Estados Unidos. Si a finales de los 1960's Estados Unidos estrenó sus armas inteligentes en el Sudeste Asiático y confió en ellas para derrotar al comunismo en esa región, con los resultados conocidos, a finales de 2008 está ocurriendo algo similar en Irak, poniendo excesivo énfasis en la tecnología de la guerra, en doctrinas militares como la Transformación.

En muchos aspectos parece como si en los últimos 40 años y a pesar de las numerosas enseñanzas recibidas desde Vietnam, los dirigentes políticos y militares estadounidenses aún no hubiesen aprendido del todo la lección, una lección con un largo recorrido: de Hanoi a Bagdad.